METRO "ESTRECHO"

POR

LEOPOLDO DE LUIS

I

Está la tarde, como siempre, arriba,
tal un bello animal herido, echada
en la ceniza de las calles, junto
al borde oscurecido de las casas.

Y más arriba el cielo deshaciendo
sus últimos azules casi de agua,
lívida piel desnuda por el aire
de unas manos cortadas.

Y el brillo de una estrella en la pupila
crepuscular. La estrella solitaria
que aquel niño lejano cada tarde
al salir del colegio reencontraba.

Ahora también regreso. Galerías
bajo la tarde. Vidas enterradas,
provisionales tumbas hacia el arco
familiar, hacia el sueño regresadas.

Gestos cansados. Ojos donde pone
la vida su desesperanza.
Manos donde el trabajo deja formas
de humildes herramientas empuñadas.

Leves sombras de tedio por los hombros
poniendo irremediable carga,
inclinaciones lentas a la tierra
curvando día a día las espaldas.

Ahora también regreso. Es como un río
en el que nado hacia la orilla, playa
de soledad, refugio de la noche
en donde la fatiga encalla.

Ahora regreso. Subo la escalera.
Conmigo sube una escalera humana.
Se oyen, sordas, las suelas, casi gimen
contra el cemento una y otra vez rozadas.

Me contemplo entre todos, avanzando
hacia mi soledad. Izo calladamente
mi pena hacia la tarde. Apenas
queda ya luz poniente en las terrazas.

Gentes de atardecer vienen conmigo.
Gentes que acaso, sin embargo un alba
sin alumbrar transportan dentro. Hubieran
podido proclamar una mañana.

Corazones de aurora hay que no pueden
izar el sol porque antes de que nazca
lo ahogan tercamente desde fuera
con tedio y sombra a paletadas.

Mutuamente ignorados ascendemos
juntos —la tarde, arriba, echada
en las aceras—, cae una ceniza
de sombra sobre nuestra espalda.

Nos une esta profunda galería,
este tren bajo tierra, esta esperanza
mínima de llevar a cada tarde
la salvación diaria.

Comprometidos vamos en la misma
partida. La ganancia
es este arribo lento, esta escalera
hacia la luz de cada tarde alzada.

II

Salgo a la luz. Ya casi cenicienta
la tarde como un árbol derribado.
El oleaje aquí me arroja
cada día a la vuelta de un naufragio.

Voy recogiendo restos, esperanzas
que aún es posible mantener a salvo
y las ordeno con esfuerzo una
y otra vez. Es preciso recontarlo

todo de nuevo. No se acaba
nunca de comenzar. Un tiempo, al cabo,
llega en que no es posible. En el principio
entonces para siempre nos quedamos.

Con fragmentos de ruinas, materiales
de derribo ponemos a diario
estas paredes del vivir que luego
se hunden. Sobre la arena edificamos.

Todos los días llego a esta escalera,
todos los días, uno a uno, tantos
que ellos pueden sumar la larga tarde,
la triste tarde de mis años.

Cuando se llega aquí, está la lumbre
de la desesperanza haciendo claro
todo el camino recorrido
que antes no dejó ver el entusiasmo.

Costó lo conseguido cuánta pena,
cuánta constancia frente al tedio, cuánto
hacer de tripas corazón... Ni un solo
sacrificio o dolor se nos ha ahorrado.

Hay otro mundo fácil, otra fácil
manera de avanzar. Mas paso a paso
tuve que ir, tengo que ir. Venciendo
cada mañana un nuevo obstáculo,

con una nueva negación enfrente,
con un nuevo silencio, con un rastro
de indiferencia. A veces me pregunto
si valía la pena el trago

y si no hubiera sido preferible
quemar las naves. ¿Era necesario
poner a prueba cada día el alma
del que no se resigna? Y ¿hasta cuándo?

III

Siguen subiendo sombras, cuerpos, casi
fantasmas. Pero están conmigo.
Llegan conmigo, mudamente.
algo común nos trae a igual destino.

Algo común alzamos a la tarde.
Sobre nuestras cabezas cae lo mismo
el polvo silencioso del ocaso
poniéndonos como una marca, un signo.

Nos miramos sin vernos. Avanzamos
hacia la tarde. Muchos símbolos
nos igualan. Entre las manos
la moneda ganada. El limo

del tiempo oscureciendo las pupilas.
En la boca como un sabor antiguo
de pan ázimo y lágrimas tragadas.
Dentro del pecho soledad y olvido.

Una costumbre de desesperanza
también nos unifica. Ya está escrito
que el hábito del desencanto
más grave es que el desencanto mismo.

Pero no perderemos nunca, mientras
este ascender hacia la tarde vivos
continuemos, el empeño diario
de conquistar oscuros heroísmos,

de conseguir las mínimas victorias
con las que el corazón en equilibrio
mantiene aún la realidad y el sueño
y por su verdad cava con ahinco.

IV

Vuelvo a mi soledad. Bate la tarde
ya sólo un ala oscuramente herida.
Contra el acoso triste de la noche
cuatro pobres paredes me cobijan.

He combatido hasta la pena para
ganar mi breve cupo de alegría.
Sólo puedo esperar que en este techo
aún se encuentre la lámpara encendida.

Bajo mi mano que tan sólo pudo
levantar levemente la cortina
para que entrara un día más el sueño
hay una sombra amada que respira.

Y la contemplo. Y veo que es mi mano
la que crea el futuro. Atemoriza
comprenderlo. La llama solitaria,
la pobre luz del corazón, vacila.

Y no se puede vacilar. Bien sabes
que no hay vacilación posible. Estriba
todo en ver claro aunque los ojos duelan.
No tiene el laberinto otra salida.

Ver claro. El aire de la noche cunde
hacia nosotros ahora, nos hostiga
sañudamente. Estoy en sombra pero
hago por ver la luz definitiva.

V

Tornamos a encontrarnos. Vuelve todo,
sombría noria, a ser como es, como era.
Reproducido ascenso hacia la tarde
de cuerpos que su sombra desentierran.

Salimos de los túneles diarios,
gastamos lentamente la escalera
girando hacia el ocaso al mismo ritmo,
como representando igual escena.

Mi herida soledad se multiplica
entre las soledades compañeras.
Soy uno más hacia la tarde, un mismo
viajero que en su andén la vida deja,

la vida alza lentamente y sube
hacia su realidad, su amor, su pena.
Cada día el final del viaje pone
en el rostro una sombra nueva.

No preguntéis. En el control de entrada
taladré mi billete. En la cartera
firmas, fotografías aseguran
que soy distinto. La verdad no es esa.

La verdad es que llevo entre las manos
una vida común, vulgar, etcétera.

Subo despacio hacia la tarde. Arriba
vuelvo a mirar la luz de las estrellas.

Leopoldo de Luis.
Rodón, 12
MADRID